



EL COLECCIONISTA DE CÁMARAS

¿Qué lleva a un hombre a coleccionar cámaras fotográficas de todas las épocas y todos los lugares y al mismo tiempo dedicarse a un arte tan efímero como ingrato: retratar personas?

Texto y fotos: Augusto Torrec Peralta





R

ecuerdo que varios meses atrás iba caminando por el centro de Trujillo. Oscurecía y como muchas veces

me ha pasado, no recuerdo haber estado buscando algo. De repente vi un estante lleno de cámaras fotográficas; para esto debo confesar que tengo una pequeña debilidad por las cámaras fotográficas, y siempre ando en búsqueda de una, siquiera para admirarla. Entonces, sin más preámbulos ingresé al pequeño local y me maravillé ante un mural de historia, una treintena de cámaras alemanas, japonesas, rusas, americanas, grandes y pequeñas (para los conocedores, de formato pequeño y medio), verdaderas joyas de colección postradas en un escaparate adornado con papel crepé. Me sentía maravillado por el contraste entre tan pobre adorno de tal maravillosa colección. Salí del lugar con un hondo pesar, aún cuando la gran mayoría de ellas están en condiciones de ser usadas, el dueño no las vende. El lugar quedó marcado en mi memoria geográfica, supongo que esto les pasa a muchas

personas cuando encuentran tesoros en medio de la urbe.

Tras una breve conversa, presentación mediante, pacté una entrevista con el dueño de la colección, el fotógrafo Pablo Arellano Holguín, dedicado a la fotografía de estudio. Aceptó gustoso ser entrevistado, claro que no el mismo día, pues tenía que preparar la entrevista y traer mi cámara para registrar el acontecimiento y congelar algún instante necesario. El primer problema es saber qué es lo que se va a preguntar, cómo abordar a una persona de la que se sabe poco y también cómo guiarse por lo desconocido. Lo bueno es que hay un tema que nos interesa a los dos: la fotografía.

Don Pablo Arellano es un hombre que en la calle pasaría como una persona ordinaria. De 70 años, estatura mediana, de un hablar pausado y mucha cortesía. Tiene la misma edad de mi papá y aun así me parece más joven: no tiene canas y mi padre no tiene cabello. Supe desde el primer momento que él no era una persona común. Después se abrió todo un universo como una caja de pandora: comencé a hablar con él y ya fue difícil detenerme, sabía demasiado. Aceptó amablemente la entrevista, seguro de sus más de 15 años

como fotógrafo profesional, tarea realizada a pulso en un estudio fotográfico dotado de un nada desdeñable equipo.

Su avidez por el aprendizaje lo llevó a matricularse en un curso de fotografía a distancia en la Escuela Americana Argentina. Estudiar a través de clases no presenciales puede resultar extraño en estos tiempos, pero la fotografía más que todo requiere de conocimiento, práctica y material. Don Pablo es un fotógrafo autodidacta. Su formación la hizo con catálogos y revistas de fotografía donde contrastaba su conocimiento con datos exactos acerca de una buena foto. Después del curso que le enseñó las bases teóricas del uso de la cámara y todo lo relacionado a la fotografía, siguió aprendiendo el trabajo de laboratorio: exposición, revelado, ampliación. Tiene dos ampliadoras, pero esa labor nunca le gustó. Las ampliadoras están ahí, y él siempre envió los negativos a otros laboratorios, "para que esa labor la hicieran los expertos".

La vida le enseñó a Don Pablo. Cualquier joven fotógrafo o persona interesada por la fotografía podría pasarse días enteros conversando y aprendiendo de él. Es cierto que grandes fotógrafos empezaron como ayudantes de los maestros de su épo-



ca. Pero llega el momento en que uno se calza lo aprendido y delinea su propio derrotero. Me cuenta que cuando trabajaba en una ONG veía a fotógrafos que venían a documentar la labor e iba contrastando su conocimiento y su inquietud con la realidad que tenía al frente. Su estudio es pequeño pero hay un orden en todo: de ideas, de conocimientos, de materiales.

Don Pablo atesora libros y revistas con los que aprendió y que lo emocionan cada vez que los hojea. Incluso tiene unas revistas alemanas en las que solo observaba las imágenes y entendía a duras penas los datos que explicaban la realización. Mientras me explica su técnica para que la foto salga bien iluminada, pude percatar que no sólo se trata de apretar un botón. Hay que tener en cuenta muchas variables para realizar una ecuación perfecta: la luz, el efecto del rebote de esta sobre el sujeto a ser fotografiado, el cuidado del fondo, el ángulo, el encuadre, el uso de las sombras, sin duda, un verdadero arte.

Me confiesa sin resquemores pequeños tips que ha aprendido con el tiempo, la práctica, el error y la lectura constante. El hecho que dibujar con la luz sea una labor tan gratificante. Recuerdo haber ido de niño a un estudio fotográfico para mi primer día de escuela. Tengo en algún lado esa foto y supongo que nunca le di tanta importancia. Ahora que sé un poco más acerca de esta labor, tengo que buscarla y analizarla, especialmente porque las fotos antiguas tienen en sí mismas el toque de un artesano, un preciosista.

Llegamos al tema de su colección de cámaras, que fue lo que despertó mi interés por este personaje. Quien posee una colección como la de Don Pablo es una persona que tiene una historia que contar y concede a ella un valor que no puede ser

reflejada en billetes. Con la llegada abrupta de la era digital en la fotografía, Don Pablo también se tuvo que adecuar y ahora usa una cámara digital para sus trabajos. Mientras me muestra y alaba su cámara digital, pienso que sus otras cámaras, las que atesora en su aparador, son mucho mejores. Volviendo al tema, con la llegada de las cámaras digitales, las antiguas cámaras análogas empezaron a depreciarse, esto por los costos añadidos, como negativos, revelado, ampliación.

He encontrado cámaras en los mercados de baratijas, máquinas que son obras maestras, lujos cromados, curvas que a uno le ponen la piel de gallina al tocarlas. He visto fotógrafos rendirse ante una Leica de los años 70, y Don Pablo tiene más de las que me podría imaginar. Muchos conocidos suyos, a sabiendas de que un hombre como él les daría un buen lugar en su casa, le vendían las cámaras a un precio cómodo. Varias de las cámaras son parte de una colección personal que fue tomando forma con el tiempo, cámaras que encontraba en tiendas a precios regalados, o que amigos que venían de Europa le obsequiaban. Puedo ver modelos únicos, como una Minolta que no tiene forma de ser usada porque ya no hacen negativos de ese formato. Muchas de esas cámaras ya no tienen un precio alto. El costo radica más en el valor que uno les da.

Don Pablo me cuenta que muchos extranjeros al ver sus cámaras quisieron comprárselas. Le dijeron que pusiera el precio. Se negó, razones tendrá. Supongo que deshacerse de ellas debe ser difícil. Hay muchas cosas que simplemente no tienen precio.

El día de la entrevista yo llevaba varias preguntas pero solo llegué a realizar dos. Terminamos viendo sus cámaras mien-

tras me explicaba por qué los lentes "Carl Zeiss" son los mejores. También me habló de la cámara instantánea tipo Polaroid de Kodak, que al parecer es la única cámara de ese tipo que sacó a la venta Kodak debido a un juicio por problemas de patentes, de la cámara de casi 100 años que tiene en su poder. Fue una maravilla tener una cámara tan parecida a una que aparece en "Quién incriminó a Roger Rabbit". También tuve entre mis manos varias cámaras hechas en la Unión Soviética, copias de las cámaras alemanas de su época que, bromas aparte, son muy buenas y son protagonistas de una historia que no se puede obviar. Ninguno de sus hijos es fotógrafo, pero lo ayudan y han aprendido de él.

Después, recordando la entrevista frente a una taza de café, me di cuenta de que no le pregunté a Don Pablo muchas cosas. Mencionó varias veces Chimbote, lo que me hizo suponer que aparte de haber vivido ahí tendría algún nexo con esa ciudad. Su estudio se encuentra en calle Mariscal Orbegoso, a tres cuadras de la Plaza de Armas, dirigiéndose al Virrey, en la misma cuadra del Colegio Santa Rosa, al frente, en la misma recta de la Clínica de Santos. Si puede vaya a tomarse una foto, porque en estos meses no hay mucha clientela, y porque siempre es bueno tener obras de arte en casa. Pero no intente comprarle una de las cámaras porque ya sabe la respuesta.

Debo añadir que tomé varias fotos. No fueron decenas; tomé las que creí necesarias y aun así tuve algo de vergüenza al fotografiarlo. Al final de la charla le pedí lo que había pensando desde el comienzo: tomarle una foto en su estudio, en medio de sus luces, su lugar de trabajo. Accedió gustoso, aunque me dijo que no le gustaba mucho que le tomaran fotos.